

Piedras en la mano: la poesía en la Feria del Libro

por
Jordi
Doce

Señalar unos pocos libros de poesía en medio de los torrentes de papel impreso que inundan el parque del Retiro durante las dos semanas largas que dura la Feria del Libro puede parecer ocioso. «*Debemos mantener la productividad/ aun cuando no hay demanda./ Nuestras piezas atestan el mercado*», constataba lacónicamente en 1995 Naomi Replansky, la poeta de Brooklyn que nos dejó el pasado mes de enero a sus 104 años (ya no le dará el testigo de autora centenaria a Ida Vitale), y la situación no ha hecho sino agravarse desde entonces. Es verdad que la buena poesía crea su propia demanda, esto es, inventa a sus lectores y forja con ellos un vínculo obstinado, hecho de tiempo y de vivencias compartidas, pero hay que saber ayudarla. Así que hablar con breves trazos de este o aquel libro será como sacar un puñado de piedras bien lavadas del agua, para que puedan respirar y hacerse visibles.

Una piedra volcánica del artista Juan Gopar ilustra la cubierta de *Californias perdidas. Una muestra azoriana* (Franz Ediciones), proyecto muy personal del poeta canario Melchor López (1965), uno de los grandes de su generación (que es la mía).

Se reúne aquí, en edición bilingüe, una muestra hospitalaria de la poesía portuguesa escrita en las Azores desde la palabra fundadora de Antero de Quental (1842-1891), cuyos sonetos constituyen una superación, por la vía meditativa, de las vetas más someras del idealismo romántico. En la obra de los doce poetas incluidos acá (hasta Urbano Bettencourt, que ha intervenido en la selección), López detecta «un sombrío *basso ostinato*», un tono de resignada melancolía que remite a la vivencia de la isla en la soledad del Atlántico. La traducción corre a cargo de un elenco de espléndidos poetas canarios, encabezados por Andrés Sánchez Robayna y el propio antólogo.

Editado a finales del año pasado, *La hora del lobo* (Pre-Textos) de José Mateos es uno de esos libros a los que vuelvo cada poco y que acompañan por su mezcla de sencillez, intensidad y sabia reticencia. El martirio de la enfermedad («*¿qué puede la canción del que va solo?*») está detrás de estos versos, escritos en estado de gracia, con un raro don para hacer del misterio un agua transparente. Hay aquí préstamos de la poesía oriental y ecos de coplas y canciones populares, que Mateos lleva en la sangre y a los que sabe dar nueva vida, pero el resultado tiene mucho de inexplicable y provocaría asombro si no se diera a la vez con toda naturalidad: «*Al final pude ver que la alegría/ del alma es un abismo que arde al fondo./ Y ahora de todo aquello/ solo queda ese abismo, // como un puente colgante que se ha roto*». Es muy difícil librar de su peso –su gravedad– a las palabras, pero Mateos lo consigue casi siempre.

El baile de los pájaros (Pre-Textos), del cacereño Basilio Sánchez, insiste en el cauce abierto por sus libros anteriores: una escritura sensorial y reflexiva, de largo aliento, pegada a tierra y a la vez ca-

En estos días de efervescencia literaria y editorial con la Feria del Libro de Madrid en su apogeo, nuestro crítico Jordi Doce rescata del torrente de poemarios recientes unas cuantas joyas que proponer a los lectores

paz de respirar sobre las cosas y darles la luz que necesitan. El verso es ancho y pausado, con una respiración tranquila que convierte a los poemas en fragmentos o eslabones de una misma cadena: «*Debajo de la nieve,/ el golpeo/ del pico de los pájaros/ en la copa de cristal de los árboles./ El ruido, en la espesura, de las hojas/ que aún tienen esperanza*». Los 51 poemas del conjunto, divididos en tres secciones de igual extensión (y precedidos por un breve texto en prosa), bosquejan un mundo de palabras y emociones sencillas que llaman a la

puerta del silencio, de lo que apenas es decible o nos reclama, insistente, desde el otro lado de las palabras mismas: «*Yo descanso en el*

blanco de la nieve».

Muy distinta es la propuesta de Yaiza Martínez (1973) en *La escuela de las órbitas* (Olé Libros), sondeo deliberado y programático en ese territorio fértil donde imaginación, inconsciente colectivo y ciencia van de la mano. La visión holística del libro se funda en una analogía sostenida entre el cuerpo del mundo y el mundo del cuerpo, a la vez animal y vegetal, como un holograma en el que cada parte contiene la imagen completa del todo: «*Creo en el buril en llamas grabando sobre el cráneo/ las siete rimas de la linfa [...] que el mundo es una interpretación/ cuando paso los dedos por las suturas*». El resultado habría fascinado a la gran Ursula K. Le Guin, de cuya poesía se ofrece una amplia selección traducida por Andrés Catalán: *En busca de mi elegía* (Nórdica): un diálogo activo entre yo y naturaleza, conciencia y tiempo, en la mejor tradición angloamericana: «*El mundo me so-*

L

